

MI HISTORIA CON EL BIGOTUDO

Por Dubián Darío Gallego

19 de octubre de 2014.

Lo conocí, lo vi por primera vez, en los exámenes de admisión para ingresar a la Asab.

Me paniqué. Fue un susto terrible... tal vez fueron sus bigotes.

Después de eso no he conocido a nadie que no se sienta paniquizado cuando presenta frente a él sus exámenes de admisión... y siempre, de alguna manera, están presentes sus bigotes.

¿Qué tienen que ver estos bigotes con la soberbia del héroe trágico? Posiblemente nada. Pero su dueño sí. Es terriblemente selectivo y su accionar raya en la obsesión de aquel que no permite nada más que sus propias convicciones. Que sus propias

angustias.

Quizás por una venganza del destino, palabra insigne de la tragedia, el melodrama me sirvió para arrancarle dos lágrimas a Cantillo.

La primera al presentarle, él, creo, oficiaba como profesor de mi ejercicio en ese momento, dos escenas de Doña Rosita, la soltera: una cuando se despide del primo y la otra el soliloquio de ella vieja y con una rabia amarga por la traición del primo.

La segunda lágrima cuando en segundo año de la Asab, cursando mi énfasis de dirección con otros seis compañeros, le dije que nos había traicionado porque el primer semestre de ese año se había



Archivo personal, Eliécer Cantillo FAASAB UD

comportado como un maestro cuyas enseñanzas habían sido invaluable pero el segundo semestre nos había abandonado.

Dos lágrimas, nada más, porque, el melodrama aunque sus estudiantes lo practican a fondo no es su género preferido.

Y, de verdad, son tristes las lágrimas de un viejo (en ese tiempo, inmejorable según él por las cualidades de los estudiantes que ingresábamos al programa, y por el programa mismo, él era más joven; no obstante, no sé porque tengo la sensación de que Cantillo siempre ha estado viejo).

Sin embargo, ahora no recuerdo bien si él vio las

dos escenas de Rosita o sólo la última y el orden de las lágrimas tal vez fue al contrario.

Lo cual, me sirve para pensar que este escrito es más fiel al afecto que a la memoria o a la tristeza.

Aquí está también mi venganza porque a Eliécer le importa mucho la rigurosidad de los hechos históricos y las palabras que sirven para definirlos.

Por ejemplo, al leer su dramaturgia tengo la impresión de que sus personajes están tan apresados en la red de la causalidad que no son libres para operar según sus propias motivaciones porque ya el escritor les fijó su destino amargo y es precisamente por esto que se produce una

literalidad y transparencia muy contemporáneas: el material, y por tanto el personaje, es lo que es, en el fondo no tiene más pretensión que mostrarse como es (“Los bastardos”, “Y de mi vida qué”, etc...).

Por mi parte, me sacan dos lágrimas su lucha por las causas perdidas: rescatar a como dé lugar el legado de Luis Enrique Osorio o su obsesión por convencernos de que el mejor programa de teatro lo tenemos en Colombia y, por supuesto, este es el de la Asab. Es decir, su postura de héroe tragicómico lo lleva hasta la insania. Lo peor de todo es que, no sé por qué diablos, estoy convencido de las dos cosas.

La realidad lo atropella. Es obsesivo contrapulsional. No puede con el tiempo. Es héroe de pieza porque éste es el que está atrapado por el tiempo.

¿Y de la comedia qué? Aquí viene mi segunda venganza: su nuevo amor y la coca cola. Su nuevo amor, su edad, ¡qué suerte tienes cochino!, va contra cualquier norma social de una mínima coherencia; para su bien, parece que la sociedad no se ha dado cuenta de su delito. La coca cola, todo el mundo lo sabe, se refiere al poema que le dedicó en Facebook. Eso no te lo perdono, Eliécer, y por ello haré todas las campañas posibles para que te sometan al escarnio público. Aclaro, no por la calidad de la escritura, que la tiene, y mucho, sino por la depositaria de su amor (lástima que sea tan rica la hija de puta).

Solo me faltan la pieza didáctica y la farsa.

De la primera diré, y es un orgullo hacerlo, que su ejemplo de vida es el de aquel hombre que lleva hasta

sus máximas consecuencias la consigna de Brecht (que le viene de Sócrates): ¡Piensa por ti mismo! y, por lo tanto, su inevitable consecuencia: cualquier cosa, léase pensamiento, puede ser sometida a debate y en eso consiste el criterio. El suyo propio y el que intenta construir en sus estudiantes. Como profesor que profesa a diestra y siniestra su conocimiento, no como maestro, porque, dicho sea de paso, nunca lo será. ¡Afortunadamente!

Con respecto a la farsa ahí va mi tercera venganza.

Eliécer en el fondo es un héroe de farsa de la peor calaña.

¿Cómo se puede entender que cuando medio mundo estaba aterrorizado por la posibilidad de su muerte dada su hospitalización grave y urgente, él, muy orondo, eso sí, se dedicaba a burlarse de su situación tomándose fotos cómicas que señalaban su lamentable imagen?

Claro, un amargado, de esos que no faltan, me dirá que eso sólo es expresión de un infinito terror y entonces le podré responder sin esperanza ni desesperación quizá que la farsa habla precisamente de eso.

¿Cómo se puede observar críticamente su clase en la que actúa magistralmente los caracteres: obsesivo pulsional, obsesivo contrapulsional, paranoico, histérico, esquizoide, maníaco y depresivo, sin traicionar el inmenso placer que sentimos por el despliegue, en proscenio, de sus instintos primarios? ¿Cómo es posible tener criterio de espectador y

no dejarse enredar en sus malabares histriónicos perversos, únicos e irrepetibles?

Lo último, a pocos días de su nombramiento como coordinador del programa, sus secretarias: Yolandita, Patricia y Mábel, decoraron su oficina, palabra demasiado honrosa para ese cubículo inmisericorde, con bigotes que ubicaban a lo largo y ancho de las paredes y puertas. No sólo eso, habrase visto tamaño desaguisado, ellas los bigotes también los incorporaron a sus aretes, cadenas y, me imagino, que hasta a sus anillos. Me surge una pregunta de rol: ¿qué es un coordinador? ¿Para qué sirve?

Sólo un farsante puede hacer las cosas señaladas.

